

ponga de un acuerdo perfecto con el mecanismo inmenso de la Naturaleza, y cuando cada una de sus vibraciones se regule por la marcha de las estrellas, por el «ritmo sagrado de las estaciones y de las horas?»¹ Hasta ese grado de perfección puede tener el hombre la esperanza de llegar si las yemas entrevistas se desarrollan en flores, si las fuerzas en germen no se paralizan por una enfermedad imprevista, si la educación de la humanidad continúa haciéndose como ya se ha hecho siguiendo una serie de sacudidas que producen el progreso.

¹ Louis Ménard, *Symbolisme des religions*.



El verdadero progreso es la conquista del Pan y de la Instrucción para todos los hombres.

CAPÍTULO XII

DEFINICIÓN DEL PROGRESO. — EDAD DE ORO.

EVOLUCIÓN GEOLÓGICA. — PROGRESO Y RETROCESO EN LA HISTORIA.
VUELTA A LA NATURALEZA.

SENCILLEZ PRIMITIVA DE LAS SOCIEDADES Y COMPLEJIDAD MODERNA.
AYUDA MUTUA DE LAS NACIONES. — LEYES DEL DESPLAZAMIENTO
DE LOS FOCOS. — CONQUISTA DEL ESPACIO Y DEL TIEMPO.

CONQUISTA DEL PAN. — RENOVACIÓN DE LAS ENERGÍAS PERDIDAS.
AFIRMACIÓN DEL PROGRESO.

TOMADA en sentido absoluto, la palabra «progreso» no tiene significación, puesto que el mundo es infinito, y en la inmensidad sin límites, se permanece siempre igualmente alejado del principio y del fin. Debiendo descomponerse el movimiento de la sociedad en los movimientos de los individuos que son elementos constitutivos, ¿qué progreso en sí puede determinarse para cada uno de esos seres cuya curva total se termina en algunos años, desde el

nacimiento á la muerte? ¿Qué progreso puede haber en la chispa que brota de un guijarro y se extingue en seguida en el aire frío?

Ha de tomarse, pues, en sentido mucho más restringido la idea de «progreso». El valor usual de esta palabra, tal como generalmente se emplea, es el que nos ha dado el historiador Gibbon, admitiendo que, «desde el principio del mundo, cada siglo ha aumentado y aumenta aún la riqueza real, la felicidad, la ciencia y quizá la virtud de la especie humana». Esta definición, que contiene cierta duda respecto de la evolución moral, ha sido tomada y diversamente modificada, extendida ó reducida por los escritores modernos, y queda de ella el hecho constante que el término de progreso significa en la opinión común la mejora general de la humanidad durante el período histórico. Pero conviene no atribuir á otros ciclos de la vida terrestre una evolución necesariamente análoga á la que la humanidad contemporánea ha recorrido. Las hipótesis muy plausibles que se refieren á los tiempos geológicos de nuestro planeta dan una gran probabilidad á la teoría de un balanceo de las edades, correspondientes en grandes proporciones al fenómeno alternante de nuestros veranos y de nuestros inviernos. Un vaivén que comprendería miles ó millones de años ó de siglos, produciría una sucesión de períodos distintos y contrastantes, que determinarían evoluciones vitales muy diferentes unas de otras. ¿Qué sería de la humanidad actual en una edad de «gran invierno» en que un nuevo período glacial cubriera las islas Británicas y la Escandinavia con un manto helado continuo y en que nuestros museos y bibliotecas fueran destruídos por el hielo? ¿Puede esperarse que los dos polos no se enfriarán simultáneamente y que el hombre podrá sobrevivir adaptándose poco á poco á las nuevas condiciones y llevando hacia los países cálidos los tesoros de nuestra civilización actual? Pero si el enfriamiento es general, puede aducirse que una disminución sensible del calor solar, origen de toda vida, y el agotamiento gradual de nuestros depósitos de energía, coincidan con un desarrollo incesante de la cultura en el sentido de mejora y con un verdadero progreso. En el período contemporáneo podemos ya comprobar que las consecuencias normales de la desecación telúrica, sucesora de la época glacial, han causado fenómenos incontestables de regresión en

las comarcas del Asia central. Los ríos y los lagos agotados y las filas de dunas invasoras han producido la desaparición de ciudades, de civilizaciones y hasta de nacionalidades. El desierto de arena ha reemplazado los campos y las ciudades. El hombre ha sido impotente contra la naturaleza hostil.

Cualquiera que sea la noción que uno se forme del progreso, un punto queda fuera de duda, á saber: en diversas épocas han surgido individuos que, por algún rasgo especial, se colocan en primer término entre los hombres de todos los tiempos y de todos los países. Recuérdanse á veintenas los nombres de los personajes que por la perspicacia, la intensidad de su trabajo, una bondad profunda, la virtud moral, el sentido artístico ó por cualquier otro aspecto del carácter ó del talento, constituyen, en su esfera particular, tipos perfectos, insuperables. La historia de Grecia ofrece grandes ejemplos, pero otros grupos humanos los han poseído también, habiéndonos sido preciso frecuentemente adivinarlos tras de los mitos y las leyendas. ¿Quién podría creerse mejor que Çakya-Muni, más artista que Fidias, más inventor que Arquímedes, más prudente que Marco Aurelio? El progreso durante los tres mil años recientes, consistiría, si existe, en una difusión más amplia de esa iniciativa, antes reservada á algunos, y en un mejor aprovechamiento social de los cerebros geniales.

Algunos grandes pensadores no se contentan con admitir esas restricciones capitales á la noción del progreso y hasta niegan que pueda haber mejora positiva en el estado general de la humanidad. Toda impresión de progreso sería para ellos mera ilusión y sólo tendría un valor puramente personal. Para la mayoría de los hombres, el hecho del cambio se confunde con la idea de progreso ó de retroceso según se acerque ó se aleje del grado particular ocupado por el observador en la escala de los seres. Los misioneros que encuentran bellos salvajes, moviéndose libremente en su desnudez, creen hacerles «progresar» dándoles pantalones y blusas, zapatos y sombreros, catecismos y biblias, y enseñándoles á salmodiar en inglés ó en latín. ¡Cantos de triunfo en honor del progreso han acompañado las inauguraciones de fábricas industriales con sus anejos de tabernas y hospitales¹.

¹ Havelock Ellis, *The Nineteenth Century*.

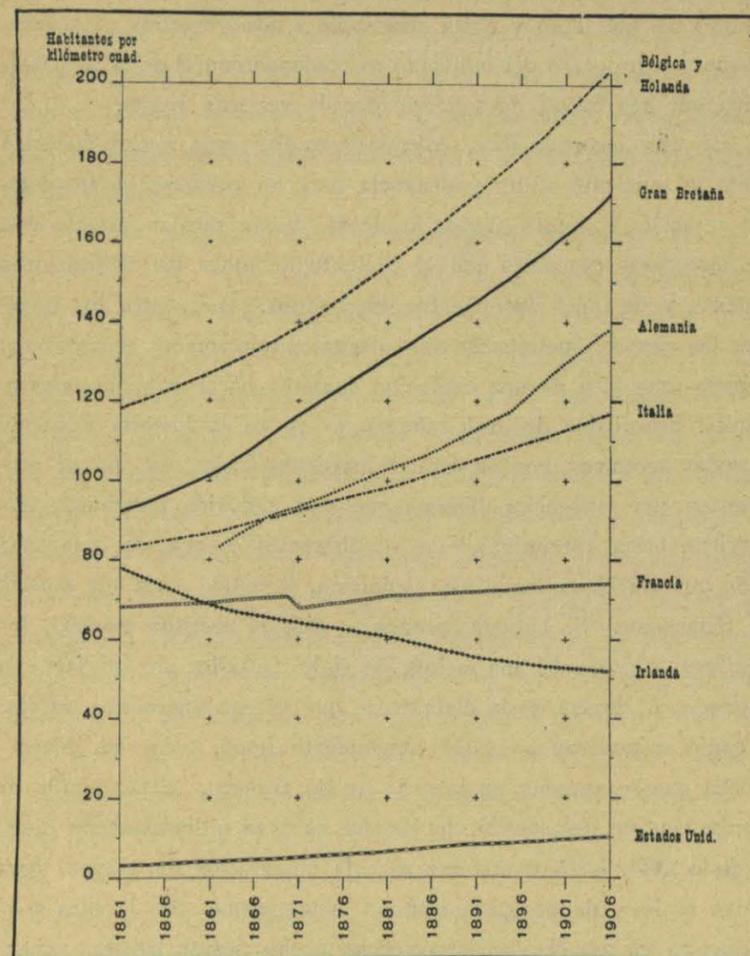
Claro es que la industria trae reales progresos en su séquito, pero ¡con qué salvedades importa criticar los detalles de esta gran evolución! Las miserables poblaciones del Lancashire y de Silesia nos muestran que no todo han sido progresos en su historia! No basta cambiar de estado y entrar en una nueva clase para adquirir mayor suma de felicidad; hay actualmente millones de obreros industriales, de costureras y de criadas que recuerdan con lágrimas la cabaña maternal, las danzas al aire libre bajo el árbol patrimonial y las veladas junto al hogar. ¿Y de qué clase es el supuesto progreso para las gentes del Kamerun y del Togo, que tienen el honor de cobijarse bajo el estandarte germánico, ó para los Arabes argelinos que beben el aperitivo y se expresan elegantemente en la jerga parisiense?

La palabra «civilización», que se emplea ordinariamente para indicar el estado progresivo de tal ó cual nación, es, como la voz «progreso», una de esas expresiones vagas cuyos diversos sentidos se confunden. Para la mayoría de los individuos, sólo caracteriza el refinamiento de las costumbres y sobre todo los hábitos exteriores de urbanidad, lo que no impide que hombres de aspecto rudo y de maneras bruscas puedan tener una moralidad superior á la de los cortesanos de suprema elegancia. Otros no ven en la civilización más que el conjunto de todas las mejoras materiales debidas á la ciencia y á la industria moderna: ferrocarriles, telescopios y microscopios, telégrafos y teléfonos, dirigibles y máquinas voladoras y otros inventos, les parecen testimonios suficientes del progreso colectivo de la sociedad; no quieren saber más ni penetrar en las profundidades del inmenso organismo social. Pero los que le estudian desde su origen, hallan que cada nación «civilizada» se compone de clases superpuestas que representan en este siglo toda la serie de los siglos anteriores con sus culturas intelectuales y morales correspondientes. La sociedad actual contiene en sí todas las sociedades anteriores en estado de supervivencias, y, por efecto del contacto inmediato, las situaciones externas presentan una desviación notabilísima.

Evidentemente, la palabra «progreso» se presta á los mayores equívocos, según la acepción en que se tome por los que la pronuncien. Por miles podrían contarse las diversas definiciones del

nirvana entre los budhistas y los intérpretes de su religión; así también, según el ideal que dan á su vida, pueden considerar los filósofos como «marcha adelante» las más diferentes y hasta las más

N.º 589. Uno de los aspectos del progreso, variación de la densidad de la población.



contradictorias evoluciones. Hay quienes consideran el reposo como el soberano bien, y hacen votos, si no para la muerte, al menos para la tranquilidad perfecta del cuerpo y de la mente; para el «orden», aun cuando no represente sino la rutina. El progreso, tal como lo comprenden esos seres fatigados, es muy diferente de como le entienden los hombres que prefieren una peligrosa libertad á una

pacífica servidumbre. Sin embargo, la opinión media relativa al progreso coincide con la de Gibbon y comprende la mejora del ser físico desde el punto de vista de la salud, la riqueza material, el aumento de los conocimientos y, por último, el perfeccionamiento del carácter, convertido ciertamente en menos cruel, hasta más respetuoso del individuo y quizá más noble y más generoso. Así considerado, el progreso del individuo se confunde con el de la sociedad, unida por una fuerza de solidaridad cada vez más íntima.

En esta incertidumbre, conviene estudiar cada hecho histórico desde la suficiente altura y distancia para no perderse en los detalles y hallar el punto necesario desde donde puedan establecerse las verdaderas relaciones con el conjunto de todas las civilizaciones conexas y de todos los pueblos interesados. Así, entre los hombres de elevada inteligencia que niegan absolutamente el progreso, y hasta toda idea de una evolución continua hacia el mejoramiento, Ranke, historiador de gran relieve, no ve en la historia más que períodos sucesivos, con su carácter particular cada uno, que se manifiestan por tendencias diversas que dan una vida individual, imprevista, hasta «atractiva»¹ en los diferentes cuadros de cada edad y de cada pueblo. Según esta definición, el mundo sería una especie de pinacoteca. Si hubiera progreso, dice el escritor piadoso, los hombres, seguros de una mejora de siglo en siglo, no estarían «en dependencia directa de la divinidad», que ve con una misma mirada, y como si tuvieran un valor exactamente igual, todas las generaciones que se suceden en la serie de los tiempos. Esta opinión de Ranke, tan en desacuerdo con las que se oyen ordinariamente desde el siglo XVIII, justifica una vez más la observación de Guyau, para quien la idea de progreso está en antagonismo con la idea religiosa². Si aquélla ha permanecido mucho tiempo latente, apenas sentida por los filósofos más ilustres del mundo antiguo; si no ha adquirido vida y plena conciencia de sí misma sino con el Renacimiento y las revoluciones modernas, débese al imperio absoluto de los dioses y de los dogmas, que se prolongó durante las edades

¹ Die Historie bekommt einen eigenthümlichen Reiz. *Weltgeschichte*. Neunte Theil, II, págs. 4 y siguientes.

² *Morale d'Epicure*, ps. 153 y siguientes.

antiguas y medioevales. En efecto, toda religión parte del principio de que el universo salió de las manos de un creador, es decir, comienza por la perfección suprema. Como dice la Biblia, Dios miró su obra y vió que era «buena», hasta «muy buena»¹. Partiendo de ese primer estado, marcado con el sello de la divinidad, el movimiento, bajo la acción de los hombres imperfectos, no puede continuarse más que en el sentido de la decadencia y de la caída: el retroceso es fatal. Desde la edad de oro, las criaturas acaban por caer en la edad de hierro; salen del paraíso donde vivían dichosas, para abismarse en las aguas del diluvio, de donde salen para vegetar en lo sucesivo.

Además, las instituciones permanentes de las monarquías y de las aristocracias, todos los cultos oficiales y cerrados, fundados y hasta amurallados por hombres que tenían la pretensión y aun la certidumbre de haber realizado la perfección, presuponían que toda revolución, todo cambio debe ser una caída, una vuelta hacia la barbarie. Por su parte, los abuelos y los padres, «con sus alabanzas del tiempo pasado», contribuían, con los dioses y los reyes, á denigrar el presente en comparación del pasado y á prejuzgar en las ideas la fatalidad de la regresión. Los hijos tienen una tendencia natural á considerar á sus padres seres superiores, y estos padres habían hecho lo mismo respecto de los suyos; el resultado de todos esos sentimientos, depositándose en las mentalidades como aluviones en las orillas de un río, tuvo por consecuencia hacer un verdadero dogma de la decadencia irremediable de los hombres. ¿No es aún en nuestros días una costumbre general discurrir en prosa y verso sobre la «corrupción del siglo?» Así, por una absoluta falta de lógica, inconsciente casi siempre, aquellos mismos que ponderan los «progresos irresistibles de la humanidad» suelen hablar de su «decadencia». Dos corrientes contrarias se cruzan en su lenguaje lo mismo que en sus impresiones: las antiguas concepciones chocan contra las nuevas, hasta en aquellos mismos que reflexionan y que no hablan á la ligera. La decadencia de las religiones suele hallarse interrumpida por renovaciones repentinas, pero

¹ Génesis, cap. I, vers. 10, 12, 18, 21, 25, 31.

al fin ceden ante el avance de las teorías que explican la formación de los mundos por una evolución lenta, una emergencia gradual de las cosas fuera del caos primitivo. Ahora bien, ¿qué es este fenómeno si no, por definición, el progreso mismo, ya se le admita implícitamente, como lo hizo Aristóteles, ó se le conozca en palabras precisas, elocuentes, como lo hizo Lucrecio¹?

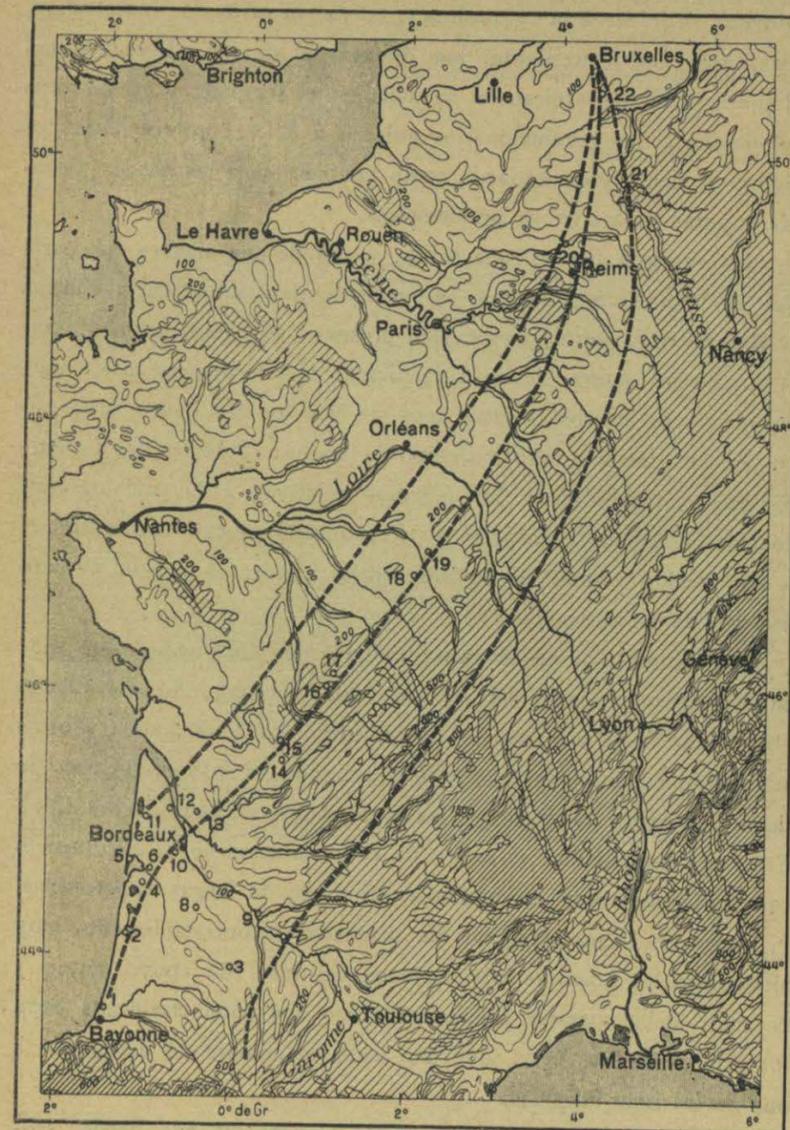
La idea de que ha habido progreso durante el curso de cortas generaciones y en el conjunto de la evolución de los hombres, debe en parte su arraigo en las inteligencias á que las investigaciones geológicas nos han revelado en la sucesión de los fenómenos, si no un «plan divino», como antes se decía, una evolución natural que iba perfeccionando sucesivamente la vida en organismos cada vez más complejos. Las primeras formas vitales cuyos restos ó huellas se ven en los cimientos más antiguos de la tierra, presentan rasgos rudimentarios, uniformes, poco diferenciados, que constituyen como otros tantos bocetos cada vez más perfeccionados de las especies que aparecen ulteriormente en el curso de las edades. Las plantas hojosas vienen después de los vegetales sin hojas: los animales vertebrados siguen á los invertebrados; de ciclo en ciclo se desarrollan los cerebros, y el hombre, llegado el último, con excepción, sin embargo, de sus propios parásitos², es el único de todos los animales que ha adquirido, por la palabra, la plena libertad de expresar su pensamiento, y, por el fuego, el poder de transformar la Naturaleza.

Refiriendo el pensamiento á un campo más reducido, á aquel en que se limita la historia escrita de las naciones, el progreso general no aparece con la misma evidencia, y muchos pensadores sombríos han podido decir que la humanidad no progresa, sino que cambia de lugar, ganando por un lado, perdiendo por otro, elevándose por ciertos pueblos, gangrenándose por otros. En la misma época en que los sociólogos más optimistas preparaban la Revolución francesa, en nombre de los progresos indefinidos del hombre, otros escritores, impresionados por los relatos de los exploradores á quienes había seducido la vida sencilla de los pueblos

¹ M. Guyau, *Morale d'Epicure*, p. 157.

² Elie Metchnikoff, *Etudes sur la nature humaine*.

N.º 590. Conquista gradual de la atmósfera.



1 : 6 000 000

0 100 200 300 Kil

Sólo se trata aquí de globos no dirigibles. El 15 de Septiembre de 1907, en un concurso de distancia, partieron de Bruselas 22 globos y descendieron en los puntos señalados con un número de orden. Las tres rayas indican la ruta del vencedor (9.7 kilómetros), seguida casi igualmente por muchos concurrentes, y las de los dos globos que se separaron más. Quince pilotos efectuaron un trayecto de más de 600 kilómetros y tres atravesaron el Garona exactamente por el mismo punto.

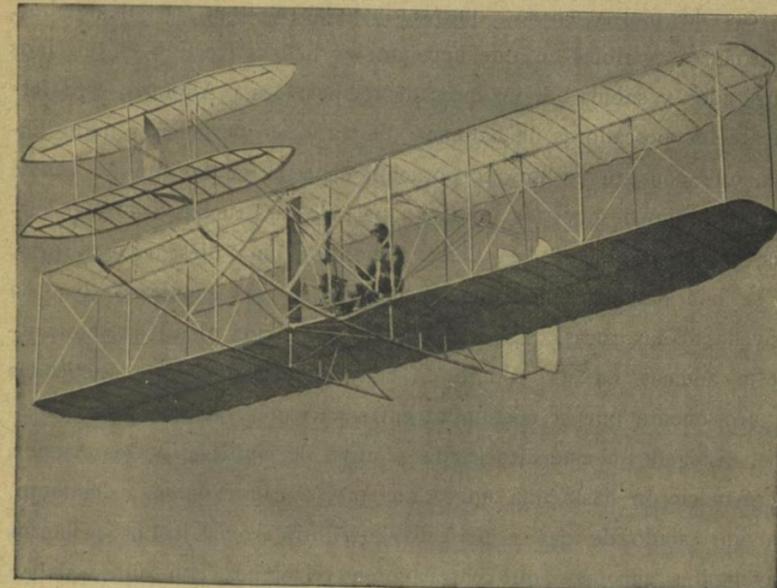
lejanos, hablaban de volver al género de existencia de aquellos primitivos. «Volver á la Naturaleza», tal fué el grito de Rousseau, y, cosa, rara, ese llamamiento, tan opuesto al de los «Derechos del Hombre y del Republicano», se halla en el lenguaje y en las ideas del tiempo. Los revolucionarios quieren á la vez volver hacia los siglos de Roma y de Esparta, como también hacia las edades dichosas y puras de las tribus prehistóricas.

En nuestros días se hace sentir, y aun de una manera más seria que en tiempo de Rousseau, un movimiento análogo de «vuelta á la Naturaleza», porque la sociedad presente, extendida hasta abrazar la humanidad entera, tiende á asimilarse de una manera más íntima los elementos étnicos heterogéneos de que los civilizados progresivos habían quedado mucho tiempo separados. Además, las investigaciones antropológicas, los estudios relativos á la psicología de nuestros hermanos primitivos, se han llevado mucho más adelante, y han venido viajeros de primer orden á traer al debate el peso decisivo de su testimonio.

No estamos ya en el caso de fundarnos solamente sobre sencillas relaciones como las de un Jean de Léry, de un Claude d'Abbeville ó de un Yves d'Evreux, sobre los Topinambos y otros salvajes brasileños, relaciones que son dignas del mayor aprecio. Se tiene algo mejor también que las rápidas observaciones de un Cook ó de un Bougainville: el tesoro de conocimientos se ha enriquecido con testimonios muy escrupulosos, producto de largas experiencias, y, entre las tribus que han de colocarse incontestablemente muy altas entre los hombres más cercanos del ideal de apoyo mutuo y de amor, debe contarse precisamente con una tribu clasificada entre los primitivos, los Aetas, que han dado su nombre de «Negros» á una de las islas Filipinas.

A pesar de todo el mal que los blancos les han hecho, esos «negritos» han permanecido dulces y benévolos respecto de sus perseguidores; pero entre ellos principalmente es donde se manifiestan las virtudes de la raza. Los miembros de la tribu se consideran todos hermanos, y al nacimiento de un hijo se reúne toda la gran familia para decir el nombre de buen augurio que recibirá el recién nacido. Las uniones conyugales, siempre monogámicas, dependen

de la libre voluntad de los esposos. Se cuida á los enfermos, á los niños y á los ancianos con perfecta amabilidad; nadie ejerce el poder, pero todos se inclinan espontáneamente ante el anciano para atestiguarle el respeto debido á su experiencia y á su edad¹. ¿Hay alguna nación en Europa ó en América á la que puedan aplicarse semejantes elogios? ¿Existe aún esa humilde sociedad de los buenos



WILBUR WRIGHT EN SU AEROPLANO

Cl. Pierre Laffite.

Tomado de la *Vie au Grand Air*.

El primer vuelo de los hermanos Wright, en un aparato de motor, en 17 Diciembre de 1903.

Aetas? ¿Ha podido conservar sus nidos de ramajes entretreídos y sus chozas de bambús ó de palmas, á pesar de las grandes cazas americanas?

Tomemos otro ejemplo entre hombres que tengan un horizonte más extenso, entre poblaciones que se aproximen á la raza blanca y que, por su mismo género de vida, se vean obligados á pasar una gran parte de su existencia fuera de la casa materna. Los Unungunes, designados por los Rusos con el nombre de Aleutas,

¹ Semper, *Die Philippinen und ihre Bewohner*; F. Blumentritt, *Versuch einer Ethnographie der Philippinen*; Ergänzungsheft zu den *Pet. Mit.*, n.º 67.

tomado de la denominación de las islas en que están establecidos, habitan una región de lluvias, de vientos y de tormentas: adaptándose al medio, construyen cabañas subterráneas, formadas en su mayor parte de ramas trenzadas cubiertas de barro endurecido, que reciben luz por una claraboya de la parte superior á través de una gruesa lente de hielo. Las necesidades de la alimentación han hecho de los Aleutas un pueblo de pescadores hábiles en el manejo de barcas de pieles, en las que se introducen como en un tambor. Los mares temibles en que navegan les han convertido en marinos intrépidos y sabios adivinadores de tempestades. Algunos, especialmente los pescadores de ballenas, llegan á ser verdaderos naturalistas, que constituyen una corporación especial en la que no puede entrarse sino después de un largo período de pruebas¹. Los Aleutas, como sus vecinos de tierra firme, son muy diestros escultores, y se han hallado objetos muy curiosos en sus sepulcros, bajo la bóveda de las rocas. La complejidad de la vida aleutiana se manifiesta además en un código de convenciones sociales, practicadas rigurosamente por la costumbre entre parientes, aliados y extranjeros. Llegados á este alto grado relativo de civilización, los Aleutas permanecieron hasta una época reciente, á causa de su aislamiento, en un estado de paz y perfecto equilibrio social. Los primeros navegantes europeos que entraron en relaciones con ellos, alaban unánimemente sus cualidades y sus virtudes. El arzobispo Innokenti, más conocido con el nombre de Veniaminov, que fué testigo de su vida durante diez años, los pinta como «los más afectuosos de los hombres», como seres de una modestia y de una discreción incomparable, que no incurren jamás en la menor violencia de lenguaje ó de acción: «durante nuestros años de vida común, ni una palabra grosera ha salido de su boca». No podrían compararse, á este respecto, nuestros pueblos del Occidente de Europa con el pequeño pueblo de los Aleutas. Tan admirables eran en aquellos insulares el espíritu de solidaridad y de dignidad moral, que unos misioneros ortodoxos griegos se resignaron á no intentar su conversión: «¡Para qué enseñarles nuestras oraciones, si valen más que nosotros!»²

¹ Alphonse Pinard, *Bull. de la Soc. de Géog.*, Diciembre 1873.

² A. Bastian, *Rechtszustände*.

Á estos ejemplos elegidos en diversos estados de la civilización, pueden añadirse otros, igualmente significativos, tomados en los viajes de los sociólogos ó en las obras especiales de etnología. Pueden hacerse constar también muchos casos en que la superioridad moral, lo mismo que una apreciación más serena de la vida, se encuentran en sociedades llamadas salvajes ó bárbaras, muy inferiores á la nuestra por la comprensión intelectual de las cosas. En la espiral indefinida que la humanidad no cesa de recorrer, evolucionando sobre sí misma por un movimiento continuo vagamente asimilable á la rotación de la Tierra, ha sucedido con frecuencia que ciertas partes del gran cuerpo se han aproximado más que otras al foco ideal de la órbita. Quizá será conocida un día en toda su precisión la ley de ese vaivén: actualmente basta consignar los simples hechos sin arriesgarse á deducir conclusiones prematuras y sobre todo sin aceptar las paradojas de sociólogos desilusionados y pesimistas que no ven en los progresos materiales de la humanidad más que los indicios de su decadencia.

Grandes pensadores se han abandonado, al parecer, en ocasiones á esta impresión. El memorable pasaje del *Malay archipelago*, publicado por A. R. Wallace, ¿no puede ser considerado como una especie de manifiesto, como un reto dirigido á los que aceptan sin restricción la hipótesis del progreso indefinido de la humanidad? Y ese reto espera todavía su respuesta. No es, pues, inútil recordar sus palabras y tomarlas por texto de comprobación en los estudios históricos: «Si el ideal social es la armonía de la libertad individual con la voluntad colectiva, realizada por el desarrollo, convenientemente equilibrado, de nuestras fuerzas intelectuales, morales y físicas, estado en que cada uno y todos seremos tan aptos para la vida social, por el conocimiento de lo que es justo y por la irresistible inclinación á informar en ello nuestra conducta, que las restricciones y las penas no tendrán ya razón de ser... ¿no es sorprendente que en un grado muy ínfimo de la civilización se halle algo aproximado á ese estado de perfección? Yo he vivido mucho tiempo en medio de las comunidades de salvajes en la América del Sud y en el Extremo Oriente, que no tienen más leyes ni más tribunal que la opinión pública libremente expresada por la